

LA LIRA.

GALERIA COMPLETA DE LIBRETOS DE ÓPERAS.

PROPIETARIO: MANUEL GÓMEZ VERA.

CASA FUNDADA EN 1859.

GARÍN

Ó EL ERMITAÑO DE MONTSERRAT,

DRAMA LÍRICO EN CUATRO ACTOS

LETRA

DE C. FERREAL

MÚSICA

DEL MTRO. BRETÓN.



PRECIO : 25 CÉNTIMOS EJEMPLAR.

LA DOCENA 2,50 PESETAS.

Administración—Calle de San Millán, núm. 5.—Madrid.

100

CATALOGO DE LOS LIBRETOS IMPRESOS.

- | | | |
|--|--------------------------------|--|
| <p>Africana.
Aida.
Anleto.
Ana Bolena.
Aroldo.
Barbero de Sevilla.
Beatriz de Tenda.
Capuletos y Montescos.
Carmen.
Ceneréntola.
Crispín y la Comadre.
Dinorah.
D. Carlos.
D. Juan.
D. Pascual.
D. Sebastián.
El Conde Ory.
El Duque de Alba.
Elixir de Amor.
El Guarany.
El Matrimonio secreto.
El Pescador de Perlas.
El Rey de Lahore.
Fausto.
Favorita.
Freyshütz.
Fra-Diablo.
Fuerza del Destino.
Gemma de Vergy.
Gioconda.
Guillermo Tell.
Hebrea.
Hernani.
Hugonotes.
Jone.
Judit.
Juramento.
La Estrella del Norte.
La Italiana en Argel.
Lakmé.</p> | <p>✦</p> <p>-----</p> <p>✦</p> | <p>La Precaución.
La Vestal.
Las Damas curiosas.
Linda de Chamounix.
Lohengrin.
Los Amantes de Teruel.
Los Lombardos.
Los Dos Fúscaris.
Lucía de Lammermoor.
Lucrecia Borgia.
Luisa Miller.
Macheth.
María de Rohan.
Marta.
Matilde de Shabran.
Mefistófeles.
Mignón.
Muda de Pórtici.
Nabucodonosor.
Norma.
Nuevo Moisés.
Orfeo y Euridice.
Otelo.
Poliuto ó los Má tires.
Profeta.
Puritanos y Caballeros.
Rienzi.
Rigoletto.
Roberto el Diablo.
Romeo y Julieta.
Ruy-Blas.
Safo.
Saltimbanco.
Semframis.
Simón Bocanegra.
Sonámbula.
Traviata.
Trovador.
Un Baile de Máscaras.
Vísperas Sicilianas.</p> |
|--|--------------------------------|--|

Cada ejemplar 25 céntimos y la docena 2,50 pesetas.

En provincias rigen los mismos precios, pero acompañando al pedido su importe en sellos ó libranzas al propietario.



Cop. 848660

GARÍN

Ó EL ERMITAÑO DE MONTSERRAT,

DRAMA LÍRICO EN CUATRO ACTOS

LETRA

DE C. FERREAL

MÚSICA

DEL MTRO. BRETÓN.



MADRID.

Administración: calle de San Millán, núm. 5, piso 4.º

1892.

PERSONAJES.

ACTORES.

WIFREDO I, Conde de Barcelona.....
GARÍN.....
TEUDO.....
VITILDA.....
ALDO.....
UN OBISPO.....

Señoras, Señores, Caballeros, Escuderos, Monjes,
Gentes del Pueblo, Montañeses, Peregrinos, Muchachos, etc.

*La Escena pasa : el primer acto, orillas del Llobregat :
segundo, tercero y cuarto, en Montserrat.*

Epoca: siglo IX.

El argumento se funda en la antigua tradición del Montserrat; sustituyen por razón de eufonía, á los nombres históricos de Riquildis y del Obispo Gundemaro, los de Vitilda y Teodomiro.

ACTO PRIMERO.

Ribera del Llobregat.

A la derecha, y en primero y segundo términos, verde prado y grupos de eminentes árboles, sauces, castaños, álamos, etc.: á la izquierda, y en primer término, medio oculto entre las hiedras, véese un banco de piedra; y allá, sobre lo alto y en lejana perspectiva, el castillo de Wifredo dominando en torno la arboleda, y cuyas ventanas habrán de iluminarse en sazón oportuna. El Llobregat, en penúltimo término, divide la escena, y á la orilla opuesta Vitilda, que pasa por entre la maraña de arbustos y crecidas hierbas: al fondo el mismo río, y en lontananza descúbrese á Monistrol.

Va declinando el día; y ya desaparecido el crepúsculo, viene la luna en la plenitud de su brillo á alumbrar la escena.

Escena primera. Campesinos que, concluída la labor diaria, vuelven á sus casas. Despídense en coro del variado aspecto de lugares que ostentan los risueños campos: Ya el véspero asoma; ya baja del monte y, sombría, la noche se extiende: partamos, amigos.

Se dirigen al fondo, y páranse en breve sorprendidos al ver que en la opuesta margen aparece Vitilda, que mira á su alrededor como extasiada, y va cogiendo flores: después se aleja de allí pausadamente.

Los aldeanos todo es formar conjeturas sobre la joven: quién la asemeja á un fantasma; quién dice que está loca; la curiosidad les excita y mueve su lengua: éste interrumpe, aquél impone silencio, y todos exclaman: «¡Infeliz!»

El Coro, en grupos, alterna, y emite diversos

y caprichosos pareceres. Cuentan unos que Vitilda, por orden de su padre, será esposa de Lotario: otros dudan y, lejos de creerlo, afirman que ella, entre sollozos y lágrimas, aborrece semejante enlace, y hasta añaden con gran misterio, que el diablo anda en el asunto, que ni preces ni exorcismos bastarán contra él; y á propósito recuerdan que el Conde, su buen señor, acudiera en Barcelona al sabio Obispo Teodomiro, en demanda de consejo. A lo cual, con cierta ironía y picaresca intención, replican esotros: «Cuanto á lo del diablo de que está poseida Vitilda, ¿sabéis quién tiene de ello la culpa?»

Todos, curiosos en extremo, agrúpanse á saberlo.

«¡El amor!» prorumpen con risa los maleantes.

«¡El amor!» repiten llenos de extrañeza los demás y, repuestos de aquel primer impulso de sorpresa, unos y otros, riéndose á la vez que recalcan la palabra «amor,» vanse por la izquierda: á su paso encuéntranse á Wifredo y hácenle reverencia.

Escena 2.^a Wifredo y luego Aldo.—El Conde, fijo el pensamiento siempre en su hija, cree hallarla allí, y exclama enternecido: «¡Qué hechizo, Vitilda mía, embarga ahora tu espíritu y nubla la mirada de tus ojos, antes tan radiante? Inmóvil, atónita, parece buscar en el espacio impalpables, ilusorias imágenes: tú no participas del soplo de la vida; sonrisa eterna en nuestro cielo azul. ¿Quién rasgará, hija mía, las sombras que hoy te apartan del sendero de encantos de tus años juveniles? Diera yo mi existencia por contemplarte un punto, alegre y sonriente.

¿Quién es capaz de leer en la lobreguez de tu pensamiento? A Dios imploraré, que sólo en El confío. Apiadaos, Señor, de tanta angustia.»

Absorto en sus ideas, sácale de ellas Aldo, que llega apresurado, y le anuncia el regreso de Teudo, de la Ciudad Condal. Wifredo experimenta ansia febril, y antes que nada pregunta por Vitilda.

—Triste y dolorida siempre, coronada la sien de flores, laméntase á las auras, á los cielos, allá entre las ondas y los sauces.

—¡Infeliz! murmura el afligido padre, y trata de inquirir sobre si tal vez alguna otra pena, acaso un nuevo afecto... puedan ser en su mente motivo de ofuscación.

Aldo le disuade con viva frase, y al interrumpirle Wifredo, expresando que apenas supo la vuelta de su prometido rompió en copiosas lágrimas, Aldo dice gozoso y aparte: «No le ama,» Teudo aparece en aquel instante.

Escena 3.^a El y demás fieles servidores que le acompañan, traen de Barcelona tristes noticias. Oraba Teodomiro ante el altar, inclinada al suelo la frente veneranda; rodéanle sacerdotes; rezábamos nosotros prosternados, y él habló: «Decidle al gran Wifredo, mi muy querido hijo, que Vitilda se halla poseída del espíritu maligno.»

Todos, menos los monjes, piden al Cielo piedad para ella.

Mas luego los mismos, con solemne acento, dicen: «En la sacra montaña de Monserrat, ara excelsa de nuestra eterna fe, vive Garín el santo anacoreta. Vaya Vitilda á él; por nueve días invoque á Dios allí, y hecha rígida penitencia, sanará. Garín es santo... santo...»

Para Wifredo aquella intimación es harto sacrificio: ¡Vitilda en Monserrat! los monjes insisten: Dios lo quiere, Dios lo ordena; y el Conde, al fin resuelto, decide que á la primera luz del alba irán á Monserrat; y que trascurridos los nueve días, su hija será esposa de Lotario.

(Oyese dentro el toque de trompetas, que anuncian la vuelta de Lotario al Castillo.)

Wifredo se dirige gozoso á recibirle, y encarga á Aldo que traiga y acompañe á Vitilda á unirse á ellos.

—¡Ay de mí!... ¡Vitilda!...—exclama el doncel enamorado.

Y Teudo profiere aparte, al ver alejarse la comitiva: ¡Destino incontrastable! ¡Tiembra, Garín, sí, tiembra! ¡Ay como llegue á caer sobre tí el odio que entraño! Mi corazón clama contra el pérfido: ¡anatema! ¡anatema! (Unese á los demás.)

Escena 4.^a Muere el crepúsculo: la luna se alza con lentitud al horizonte, hasta iluminar totalmente la escena.

Coro interno de las compañeras de Vitilda: La luna pálida, sin sombra que la empañe, con su esplendor alumbra el cielo, é infunde al alma éxtasis misterioso, que le habla suave y rinde el corazón.

Entra Vitilda seguida de sus damas con guirnaldas y flores en las manos: todas la rodean.

Vitilda, con profunda tristeza, personifica en su mente al Llobregat, y pregunta al río, cuyas ondas cristalinas murmurando van entre florestas y espesura, y acariciadas por el céfiro, qué quieren decir á su dolor: ¡Para ella no hay ya felicidad, acabó todo! Sus compañeras la animan en su cuita.

Vitilda desea cantar; cantará, sí, triste y dolorosa balada; la historia de malhadado amor.

Érase hermosa y gentil doncella, hija de un poderoso Príncipe, y en sus hechizos presa, bizarro Conde la adoraba: cantos y flores, torneos y sentidas trovas ofrecíale en agasajo, y con esto el buen Rey considerábala feliz; mas ella estaba ciega por un gallardo paje; y fué que una vez en sueños, se alzó gigante espectro, y arrebatándola consigo, sordo á súplicas, llantos y gemidos precipitóla á un despeñadero. Alucinación ó ensueño, dice el relato que la mísera al fin vino á salvarse, y también que, andando los años, perdonó al monstruo, lo que hubo de valerle en premio que Dios se la llevara al Cielo.

A una señal de Vitilda retiranse sus compañeras, y entristecida toma asiento en el banco de piedra: la presencia de Aldo que viene en su busca le causa grata sorpresa.

—¿Por qué, Vitilda, ese dolor que apena tu semblante?

—¡Que tú me lo preguntes! Me abrumba honda tristeza, y dáme el porvenir miedo y angustia...

—Mayor es mi desventura; á tí como hija del gran Wifredo todo te sonrío; un mundo de halagüeñas esperanzas se te muestra en perspectiva; eres la prometida esposa de Lotario.

—¡Oh! calla, dice con viva emoción la joven: quisiera olvidar su nombre... aunque la voluntad paterna sea para mí sagrada.

—No le amas?

—Aldo, tú no penetras lo íntimo de mi pensamiento?

—¿Y quién soy yo para atreverme á tanto?

añade él condolido huérfano: Solo y en perpetuo abandono, las sombras de misterio impenetrable envuelven la pobre existencia mía.

—¡Solo has dicho y abandonado! responde Vitilda en són de queja.

—Lo dije, sí; perdona...(y en noble arranque luego continúa): Tú de mi vida eres el alma, y único solaz en mi infortunio; y si en mi pecho brilla un rayo de esperanza, tú lo encendiste. Soñaba que un ángel del Paraíso viniera con su sonrisa á revelarme tesoros inagotables de amor, de fe; mas ¡ay! fueron imágenes ilusorias disipadas presto como el humo.

—Nó, interrumpe Vitilda levantándose: Guarda mi corazón fúlgida imagen: creía yo poder amar también sobre la tierra el alma aquella excelsa que Dios creó para sí: el alma que comparte, allá de edad feliz, las glorias y el encanto y el afán inocente de un tiempo que pasó.

—¡Qué escucho! dice Aldo henchido de gozo: el Cielo parece sonreirme; y Vitilda prosigue: Juntas nacieron dos flores: puro exhalando y celestial aroma: ¿A qué separarlas con mano cruel?

—Entiendo, exclama Aldo; y ardientes protestas de amor eterno repítense en boca de entrambos jóvenes enamorados.

De pronto el éxtasis, que experimentan cambia en Vitilda, á quien sorprende oír súbito y lejano rumor de fiesta que sale del Castillo, mientras que sus ventanas á la vez se iluminan.

—¡Aldo! prorumpe aterrada: ¡joye! suenan festivos ecos! ¡mira!... ¡cuántas luces allí... en el Castillo! Y cediendo á un secreto impulso, quiere huir.

Su amante la detiene y hace por infundirla ánimo.

Vitilda con sobresalto invencible:— ¡Lotorio!, ¡Padre!... ¡El velo nupcial!...

(Coro interno que se aproxima y canta: La luna pálida, etc.)

(Aldo alentándola): No temas: el sabio Teodomiro, ha dispuesto que vayas á Montserrat, la excelsa montaña; y que pases allí con Garín nueve días en santa penitencia. Tengamos confianza en él.

Vitilda.—Por piedad, no me desampares.

Aldo insiste en animarla:—Referiremos al siervo de Dios nuestro recíproco amor, y haciéndole fervientes votos, nos salvará.

—Oigate el Cielo, y Garín se compadezca de nosotros.

Y á las auras y á los astros que giran en el éter, y á los campos y á las ondas que sonríen halagüeñas, en himno gozoso les cuentan la dicha que amar atesora.

*

ACTO SEGUNDO

Montserrat.

A derecha é izquierda picos altísimos; á la izquierda, en lo alto, la entrada á la gruta de Garín; en último término, camino practicable, y al fondo, extensa perspectiva de las llanuras inferiores; el sol aparece en las lejanas montañas.
Los primeros albores bañan la escena, iluminándola poco á poco.

Garín, admirando el grandioso espectáculo de la salida del sol, dice: El alba platea el cielo, ya amanece el nuevo día; en los espacios infinitos oscurecense las estrellas... Silencios misteriosos, tranquilidad continua, paz dichosa, arcano...! los lejanos montes destacan su cima azul en el océano de fuego, fulgente iris! La fantástica niebla se desvanece en mil espirales, (bajando al proscenio; sale el sol é ilumina la escena). ¡Eterna maravilla!

Aparece radiante el sol, con su vívida luz todo lo inunda, renovando la vida. ¡Lado sea el Señor de los cielos, hosanna al Criador!...

Por ti se mueven los mundos en el espacio; tú eres la esperanza y la vida; ¡Dios mío, desde el fulgor de tu trono escúchame que á ti me entrego; descienda sobre mí tu perdón; extiende tu mano sobre mi cabeza, pues sólo espero en tí! Infunde en mí tu gracia; desde las brillantes esferas oíste la humilde plegaria del mísero pecador. ¡Aleluya, Señor! (Váse lentamente por el fondo.)

Teudo, mirando á Garín.—Implora... póstrate ante Dios, pide perdón de tus delitos... besa el

suelo... ¡santo Garín!... tú santo!... Robaste un angel á mi amor... ¡Era tan hermosa y bella la Eduvigis mía! No mentía cuando su labio me dió la dulce palabra de amor, la casta fe de futura esposa... ¡Pérfido! osaste con artes infernales manchar la pureza de aquel corazón cándido... fué tuya y luego la abandonaste; te busqué y te hallé, pero infiel el brazo, no respondió al delirio del alma, sucumbiendo Teudo bajo mortal herida. Recogíome y salvó una mujer... era Eduvigis. La desdichada que hiciste madre espiró en mis brazos, de vergüenza y dolor, perdonando en el límite de su vida... Mas Teudo no perdona, me hiciste desdichado matando mi alma y tomaré venganza. El fruto maldito de aquel impuro amor fué abandonado por Teudo.

Óyense las trompetas del cortejo de Wifredo. Ya llegan... prevén mi venganza ¡oh Dios! y juzgue el Cielo entre ti y mi odio.

Garín en lo alto: ¿Quién turba el silencio de Montserrat? ¡Qué tocata profana repercute por el lejano eco en las soledades del monte! ¡Entre-mos y ocultemos á la mirada humana este vestigio que desapareció, de un tiempo ya pasado!

(Al retirarse es hallado por parte del coro que le buscaba.)

Escena 2.^a Cortejo de Wifredo, soldados, monjes, pueblo, damas que acompañan á Vitilda, y luego Wifredo, Vitilda y Aldo.

Monjes.—¡Laudate Dominum de cœlis
Laudate eum in æternum!

Coro que guía á Wifredo á la izquierda, frente á la gruta de Garín, pero abajo... otros van á buscarlo al fondo y lo conducen ante Wifredo.

Montañeses: Nuestro buen anacoreta Garín

está allí orando; habla con el cielo y escuchará las palabras del conde.

(Garin se inclina humildemente ante Wifredo y Vitilda.)

Wifredo.—Alzate, no te habla el Conde... el padre te suplica. Garin, á todas partes llegó la fama de tus virtudes. Teodomiro ordenó que mi hija durante nueve días ruegue á Dios contigo para que el espíritu maligno de que está poseída, nos la devuelva vencido por tu gracia.

Garin con humildad le contesta: Conde, señor, ¿qué soy yo en el mundo, más que un oscuro desconocido humilde anacoreta? y Teodomiro me llama, el invicto conde de la altiva Barcelona viene...

Wifredo le interrumpe: Debes obedecer á lo que me es más caro en este mundo; mi hija Vitilda, yo te la confío. (Todos se aproximan.)

Garin.—Conde, mísero soy y pecador, ni tanta gracia me concedió el cielo; soy un ínfimo siervo del Señor que se condenó al silencio y al olvido. Vitilda en el llanto y dolor de este asilo no puede permanecer conmigo.

Teudo.—(Aparte al conde.) A tu indicación Garin no obedece... bajo su rostro austero encubre la astuta hipocresía...

Garin (adelantándose y tomando de la mano á Vitilda): Vitilda...

Wifredo.—Cede...

Garin (con amabilidad.) Ven.

Garin.—Si tú, hermosa niña, has pecado contra el Señor y te arrepientes de corazón, yo te absuelvo, ora con fervor é invocaré para tí la piedad eterna.

Vitilda (con terror). ¡Cuán terrible imágen me

asalta de fatal idea. Espera y desespera el alma que en tí se deleita, Aldo! No oso... tiemblo; vén-ceme oscura fatalidad...

Aldo.—Vitilda, confía en él y cuéntale el dolor de nuestras almas.

Vitilda.—Santo ermitaño...

Garín.—Ten valor... ¿qué pesar te aflige?

Vitilda.—Desventura infinita me consterna...

Garín.—¿Cómo, pues?...

Vitilda.—Santo ermitaño, sólo tú podrás salvarme...

Garín.—¿Salvarte?

Vitilda.—Garín, créelo, no soy demente y concédeme que contigo en el silencio ruegue al Señor en el sagrado monte. Oye mi llanto...

Garín.—(Resistiendo y transportado). Pené-trame su voz hasta en la más profunda fibra, cual són de pléyade angélica que vibra en el aire...

(Con terror) Nó, nó, despiértase en mí la cie-ga humana fragilidad... (alejándose de Vitilda). Cese el profano acento... (dirigiéndose á Wifredo). Nó... Vitilda en el sacro asilo de Montserrat no puede permanecer conmigo.

Teudo.—¡Qué dice!

Aldo.—Ayúdenos Dios.

Wifredo (con altivez). Garín, si no atiendes al deseo del padre, deberás ceder al del conde de Barcelona... Elige...

Garín.—¡Nó, no puedo!

El coro le ruega salve á Vitilda, pues Dios se lo ordena.

Garín.—Obedeceré, cúmplase la voluntad del Cielo.

Todos.—Al fin la salvará!

Vitilda.—(Con dolor). Padre!

Wifredo.—¡Vitilda!...

Vitilda.—¡Tiemblo!

Wifredo.—Pasado el noveno día, regresarás á los brazos de tu padre.

Vitilda.—Protéjame el Cielo; adiós, padre mío.

Aldo.—¡Quebranta el dolor mi corazón!

— Teudo (aparte): Garín, me perteneces; luce en las tinieblas el demonio incitador de mi fúnebre odio.

(Garín animando á Vitilda y dirigiéndose á lo alto de la montaña.)—Y bien, Vitilda, vamos; de tu penitencia te enseñaré el sendero. Oyeme, Sér divino; guíame, Señor!

(Suben con lentitud; los coros se arrodillan orando mentalmente, menos los monjes).

ACTO TERCERO.

Cimas de las rocas de Monserrat.

Fondo abierto con extensísima vista, á ambos lados se elevan las vertientes fantásticas de la montaña que se pierden al fondo; ninguna vegetación; en último término una roca que domina el abismo; hacia el espectador la entrada de una gran caverna; estalactitas y estalagmitas gigantes en primero y segundo término.

Escena primera.—Aldo.—El ansia febril de este corazón que gime, me guía á la sagrada montaña... Espira ya el día y quizás sin esperanza para nosotros. ¡Qué terror me asalta! (Rumor de tempestad que se acerca.)—Oscurécese el Cielo y entre nubes y rayos veo erguirse las gigantescas cumbres! Donde estará Vitilda? la busqué en vano... y luego protegerá Garín nuestro amor, esperemos. Teudo me aguarda...¿qué querrá? No me atrevo á pensarlo: me habló con misterio de la infancia, me preguntó...¿Podrá rasgar el tenebroso velo que oculta el pasado?

Vitilda, encanto de mi alma, eres el amor de este infeliz. Haz que se descubra el secreto que cubre mi nacimiento y que con eternos vínculos pueda unirme á ti. (Se retira).

Escena 2.^a Se aproxima la tempestad; la escena se oscurece.—Garín.—Aquí tendremos seguro asilo contra la tempestad que se acerca.

Vitilda.—(Mirando al rededor). La infinita mole de Montserrat repercute el estrépito del trueno. (Apoyándose en Garín). Tiemblo...

Garín.—(Con calma aparente). La tempestad y el rocío son obra del Señor: ¡á él gloria en lo eterno! Vitilda, no oraremos más juntos, pues Garín te devuelve al gran Wifredo...

Vitilda.—(Aparte). El término fatal ya se acerca; en este instante supremo le diré nuestro amor. ¿Escuchará mi llanto?

Garín.—(Aparte). Con tu ayuda, Señor, al fin seré vencedor en la tremenda lucha. ¡Qué terrible suplicio sin nombre! ¡qué tempestad de sentimientos y pasiones!

Vitilda.—(Temblorosa). Garín, santo ermitaño, en ti confío; sálvame del odiado himeneo.

Garín.—(Sorprendido). ¿No amabas á Lotario?

Vitilda.—Nó, que amo al hermoso Aldo.

Garín.—(Con fuerza). ¡Tú!... ¡Aldo!

Vitilda.—Cuando brillaba la argentina luna en el sereno cielo é inundábalo todo con su mágica luz, en los apacibles misterios del silencio jurábame eterno amor, y al latido suave de nuestro afecto, ¡Aldo me dió su corazón! Besábame castamente sobre el cabello, y mumuraba el aura entre las caricias de ósculo amoroso.

Garín.—(En el ímpetu de su pasión). Es el infierno que despertaste en mi terrible deseo de lúbrica pasión. Este amor que os encanta, nó, no es amor. Amor es el latido de un alma ardiente, un volcán, un incendio destructor. Amor es el éxtasis de la belleza, el espíritu animador del mundo.

Vitilda.—(Asustada). ¿Qué deseo se trasluce en él?—¡Cómo ruge el viento! ¡Ah, se desespera mi alma!

(Rayos y truenos lejanos; sigue oscurecién-

dose la escena. Se aproxima á Garín para que la proteja) ¡Garín!

Garín.—(rechazándola). Tú... ¡ruega al Señor! (La tempestad va en aumento).

Vitilda en el colmo del terror se arrodilla, suelta el cabello y casi desabrochado el seno.

Vitilda.—¡Oh Dios! á ti se eleva mi ruego, ten piedad de mí.

Garín.—(Con animación y voluptuosidad) ¡Oh cuán bella es! Desciende su cabello sobre el casto seno más blanco que el cisne. ¡Deliro ante su belleza!

(Teudo en segundo término á la izquierda, sorprende con alegría infernal la actitud de Garín).

Teudo.—Por fin te envuelve la llama del impuro afecto y ya brilló en tu pupila fulgor impúdico! Precipitate, santa venganza, te invoco, acude, ven; Aldo me aguarda; Garín, me pertenes... vengaré á Eduvigis... (sale).

(Vitilda acudiendo á Garín, después de la plegaria que habrá continuado mentalmente).

Vitilda.—Garín, sálvame, muero de terror.

Garín.—(Rechazándola). Detente.

Vitilda.—(Asustada). ¿Me rechazas?

Garín.—Sí, huye de mí.

Vitilda.—Sálvame.

Garín.—Huye; como lava ardiente penetra en mí el efluvio virginal de tu pureza!

(Vitilda se aleja de Garín).

Garín.—Fulgidísimo Dios... Sér supremo, ten piedad del átomo creado.... ¡Señor, soy hombre!.... Súbita nube oscurece la razón. Se agita en mí un océano de visiones mundanas y de recuerdos.

(Oscurece en la escena).

Vitilda.—(En el colmo del terror). ¡Ah! ¡cómo brilla la impura mirada! Señor, protégeme... sólo espero en tí; Garín, ten piedad de mí.

Garín.—Vete, huye.

Vitilda.—¡Socorro!

(Loca de terror cae en brazos de Garín).

Estalla el huracán en todo su esplendor, la escena sólo iluminada por los relámpagos que lucen al fondo... copiosa lluvia).

Garín.—Truenos, nubes y rayos, sepultad á Montserrat y aniquilad á Garín, su víctima, y el crimen. (Frenético arrastra á Vitilda hacia la izquierda, y la arroja á un precipicio).

(Teudo vé á Garín á la luz del rayo, cede la tempestad).

Teudo.—¡Garín!

Garín.—(Como herido del rayo). ¿Quién habla, quién me llama?

Teudo.—Teudo...

Garín.—(Lanzándose á la escena). Tú... Teudo... ¡Maldición!

Teudo.—(A Aldo). Aldo... Garín, tu padre, abusó de Vitilda y luego la mató.

Garín.—Aldo, hijo mío, tú?...

(Cae desvanecido)

Teudo.—Maldito seas!...

Aldo.—¿Mi Padre?... horror... ¡ Vitilda!

(Como un loco corre al precipicio para salvarla).

Garín.—(Sin sentido) ¡Maldito!...

(Cesa la oscuridad, se extingue la tormenta).

ACTO CUARTO.

Monserrat.

A la derecha oblicuamente el nuevo templo con escalinata y patio: al fondo montaña y cielo

Escena primera.—Gran animación y movimiento, montañeses, campesinos, mujeres, guerreros, peregrinos, señores, niños, viejos, jóvenes, etc.

CORO DE HOMBRES.

Elévese solemne nuestro alegre canto. Alabemos al Eterno, entonando himnos de paz y amor. Alzase soberbia la mole que encierra la imagen de la Santísima Virgen por nosotros venerada.

MUJERES.

Elévese por la montaña nuestro grito de júbilo, séanos siempre propicia la Virgen Santa.

NIÑAS.

(Con flores y coronas destinadas á la Virgen.)
Entre céspedes y flores apareció la Virgen.
Desde los cielos oyó las humildes preces. Regocíjense todos los corazones en tan solemne día.

HOMBRES.

Fué un milagro del Supremo. Santa imagen, eternamente permanecerás en Monserrat.

(Gran animación, continua concurrencia: se supone que habrá terminado la ceremonia de la consagración; vese á los fieles entrar y salir continuamente del templo. Los montañeses entrénganse á los bailes característicos del país. Sale el cortejo del templo; Wifredo, el Obispo de Barcelona, dignatarios, damas, pajes, guerreros, el estandarte de la ciudad, etc.

Coro.—Salve, salve al gran Wifredo, nuestro Conde é invicto guerrero.

Obispo.—(Con solemnidad á Wifredo.) Cumplióse el rito. En el día que recuerda amargo llanto de espantoso suceso, transcurridos siete años, álzase un templo consagrado por nosotros á la Santísima Virgen. A la nueva aurora Vitilda será eternamente esposa del Señor.

Wifredo.—(Con inmenso dolor.) Infeliz hija mía!

Obispo.—Por ti orará al Señor.

Wifredo.—(Resignado.) Cúmplase su voluntad.

HIMNO Á MONSERRAT.

Wifredo.—¡Montserrat! sublime, eterna maravilla del Criador! ¡Tú serás, en tu fulgor, nuestra esperanza y nuestra fe! Cataluña invicta, altiva, radiante de gloria, los trofeos de sus victorias depondrá ante tí!

(Repite el coro, y todos vánse por la derecha. El Obispo regresa al templo; todos acompañan la comitiva; queda sola la escena.)

Escena 2.^a—Aldo en la mayor tristeza.—Oh Señor, ayúdame y protégeme. ¡Salvalo eternamente! Al fin me hallo solo... el mísero me aguarda. ¡Al próximo tañido de la campana ven-

drá Vitilda á dar el último adiós á mis muertas esperanzas!

(Va hacia la izquierda y regresa acompañando á Garín, ciego y abatido.)

Aldo.—Ven, acércate.

Garín.—¡Oh! tú, bendecido seas... Eres el alma bella que sólo ha tenido piedad de mí, ¿quién eres?

Aldo.—¡Un infeliz! Allí está el templo, entra conmigo...

Garín (con terror). Jamás podré penetrar en un templo.

Aldo.—Siempre la triste idea... Dios te perdonará y tendrá piedad del pecador que llora.

Garín (con desesperación).—Entre las esperanzas del perdón santo, entre las esperanzas que me indica el cielo, el delito... la víctima está allí, dirigiendo sus manos suplicantes pidiendo piedad que no alcanzó de mí. Al caer la tarde sólo oigo el bronce que invita á la oración. (Suenan la campana.—Organo).

Coro interno.—Confitemini Domino quoniam bonus. Quoniam in æternum, misericordia ejus.

Garín. (Acercándose al templo). Acércome... la oración que profería sincera el labio, la murmuraba en vano; nó, no puedo postrarme ante el altar!

(Cae postrado en la escalinata de la iglesia).

Aldo.—¡Desdichado! se acerca el instante en que Vitilda vendrá. Oyeme, Señor. (Dirigiéndose luego á Garín). Si consuelo á tus penas hallas, Garín, en contarlas, repíteme tu peregrinación.

Garín.—No hay pena mayor á mi desdicha.

(Alzase trabajosamente apoyado en el bas-

tón. Aldo en el patio, á su tiempo Vitilda).

Garín (creyendo que Aldo le escucha). Por la maldición que sobre mí pesaba por el remordimiento y el triste recuerdo del horrible delito que mancha mi frente, fuí descalzo á Roma á implorar al Santo Padre, y con lágrimas de sangre todo le conté.

(Mientras Aldo y Vitilda bajan de la iglesia... Vitilda interroga á Aldo.,. Este la dice escuche al infeliz. Vienen al proscenio).

Garín.—(Continuando). Horrorizado me dijo: Cierra tus párpados y no se abran más á la luz, eterna noche para tí; aliméntate de yerbas y raíces, y nunca podrás entrar en un templo. Errante y maldito, habrás expiado tus culpas cuando tu víctima te otorgue su perdón... y podrás morir. Recorrí el orbe entero sin que voz humana me dijese... espera: mísero mendigo, y ciego, sin esperanza, hasta aquí me arrastré... ya siento mi hora extrema...

Vitilda.—(Con compasión). ¿Con qué tremenda culpa habrá manchado su alma? Sobre él descienda un rayo de piedad.

Aldo.—¡Desgraciado! Dios perdona.

Garín.—Nó, jamás será perdonado Garín.

Vitilda.—(Con horror). ¡Eres Garín!... ¡Maldito seas!

Aldo.—¡Ay de mí!

Garín.—¡Quién maldice al que espira!

Vitilda.—¡Vitilda!

Garín.—(Precipitándose). Tú, Vitilda, vives... vives...

Vitilda.—Por ti vivo en el llanto y el dolor.

Garín.—(Tratando de acercarse á Vitilda, arrodillándose y besando la orla de su vestido).

—No condenéis esta alma á la venganza eterna: Dios que murió en el Gólgota, en su agonía perdonó á los verdugos.

Vitilda.—Detente, demonio... huye de mí... odio implacable caiga sobre ti.

Aldo.—Si con vínculo eterno vas á unirte á Dios, Aldo te implora, debes abrirle el cielo; él muere; perdónale y te bendeciré.

Vitilda.—El trocó nuestros fúlgidos ensueños en tristes visiones. ¡Desprecio tus lágrimas, nunca te perdonaré!

Aldo.—Cuando te salvé del oscuro precipicio, el Señor permitió un milagro, para que un día pudieses perdonar al infeliz que muere á tus pies. Si amaste un día á Aldo, perdona á su padre. Te revelé el arcano de mi nacimiento... Vitilda, debes salvarlo.

Vitilda.—Dios me inspira.

Coro interno.—Qui redimit de interitu vitam tuam...

Qui coronat te in misericordia et miseratibus.

(Garín reza mentalmente, con fervor, ya próximo á morir). Vitilda con gran solemnidad acercándose á Garín, le dice: Próxima á consagrarme á Dios, ningún afecto que no sea de paz y amor podrá abrigar mi pecho! olvido todo el pasado: álzate, Garín, te perdono y ruego á Dios que te perdone...

Garín.—(Con indecible alegría). ¡Perdonado estoy, Señor!

Aldo.—Perdonado...

Vitilda (con inmensa tristeza).—Y Aldo... ¡Para ti mi plegaria y la esperanza de otra vida junto al Señor!

Garín.—¡Aldo!

Aldo.—¡Soy tu hijo!

Garín.— ¡Oh! sumo Dios. Bendito seas!...
tú... hijo mío (cayendo en sus brazos). Abrese
el cielo, veo brillar ante mí entre los ángeles
al Dios criador. Cesa el llanto... estoy perdo-
nado.

LOS TRES

Siento las etéreas voces del cielo que á élla-
man y donde se halla el Señor.

(Garín cae muerto en brazos de Aldo. Vitil-
da entra en el templo, dando el último adiós á
Aldo.)

FIN

